

8

Hacia una teoría de las hipermediaciones

8.1. Las nuevas subjetividades espaciotemporales

Si en la primera parte reconstruimos el campo semántico desde el cual es posible hablar de las hipermediaciones, y en la segunda las analizamos desde la perspectiva de su proceso social de producción, ahora dejaremos caer algunas reflexiones sobre cómo esas hipermediaciones nos producen. No viene mal recordar, ya casi al final de nuestro recorrido, la frase de McLuhan presente en el prólogo de este libro: «Primero modelamos nuestros instrumentos, después ellos nos modelan a nosotros». Cada época genera sus tecnologías, que a su vez contribuyen a definir ese momento histórico. Sostener que las tecnologías nos modelan puede sonar determinista. Por ese motivo en este texto hemos apostado fuerte por la metáfora del ecosistema y por algunas categorías (como *coevolución*) que nos llevan más allá de las lógicas dualistas. En el capítulo 7 hemos reafirmado esta visión polémico-contractual de las relaciones entre los sujetos y los objetos tecnológicos.

Las tecnologías no sólo transforman al mundo sino que también influyen en la percepción que los sujetos tienen de ese mundo. Si el siglo XVIII latió al ritmo del reloj y el siglo XIX marchó al calor de la máquina de vapor, el siglo XXI navega en el mar digital. Y si los científicos del siglo del

reloj imaginaron al universo como un perfecto mecanismo sincronizado, los investigadores e intelectuales más avanzados de la sociedad digital no se cansan de envolvernos en redes cargadas de una caótica complejidad (Kelly, 1995; Varela, 1996; Lévy, 1996; Huberman, 2001; Johnson, 2002; Barabasi, 2003; Watts, 2004; Piscitelli, 2005a). Ahí donde los newtonianos veían la realidad filtrada por un cronómetro, los ciberfilósofos descubren fenómenos emergentes autoorganizados.

Durante la Antigüedad el tiempo estaba integrado en la naturaleza y aparecía como una parte tangible de la realidad, lejana de cualquier tipo de formulación abstracta. El tiempo, por entonces, era un fenómeno biológico vinculado al ciclo de los eventos naturales: la salida y puesta del sol, la llegada del verano, el día más corto del año, la sucesión de estaciones, el nacimiento y la muerte. Esta concepción cíclica del tiempo marcó las actividades de la humanidad durante siglos. La invención del reloj mecánico en el siglo XVII abrió las puertas de una nueva dimensión temporal: el tiempo abstracto y lineal de la Modernidad. Los sujetos dejaron de seguir el ritmo de la naturaleza o el repicar de las campanas medievales para organizar sus vidas a partir del *tic tac* mecánico de las máquinas. De esta manera el tiempo pasó a ser un bien que podía ser consumido, fragmentado, comprado o vendido. Esta concepción, nacida en la Europa moderna, se ha ido difundiéndose en todas las sociedades —de la ciudad al campo, de Occidente a Oriente, del norte al sur—, las cuales dejaron progresivamente de mirar hacia el sol para fijar su atención en las manecillas de los relojes.

Pero el tiempo siempre va de la mano del espacio. La invención del cronómetro a mediados del siglo XVIII permitió mejorar la calidad de los mapas y optimizar las rutas marítimas. La proyección de Mercator dividió al mundo en husos horarios. Así, el tiempo se convirtió en una dimensión global que se oponía al tiempo local vivido por las diferentes culturas en sus propios territorios.

Las tecnologías modifican la subjetividad relativa al tiempo y el espacio. La percepción de la distancia en el Imperio Romano era distinta a la del siglo XIX: cien kilómetros a caballo o a pie no son iguales que cien kilómetros en tren. Los medios de comunicación incrementaron esta condensación espacial gracias a las transmisiones que atraviesan el planeta cabalgando las ondas electromagnéticas. Algo parecido sucede con el tiempo.

Enviar una carta por correo en el siglo XIX implicaba esperar su respuesta durante varias semanas o meses. Los habitantes del siglo de las comunicaciones eléctricas se acostumbraron a recibir respuestas a sus telegramas en pocas horas... hasta que se perfeccionó el teléfono. La radio y la televisión acrecentaron esta condensación temporal por medio de las transmisiones en directo.

Un evento histórico sintetiza ambas tendencias —nos referimos a la inmediatez temporal y a la condensación espacial—: la transmisión en directo y mundial del descenso sobre la superficie lunar de Neil Armstrong en julio del 1969. Marshall McLuhan, inspirado por su maestro Harold Innis, fue el teórico que en su momento mejor intuyó estas transformaciones, dando los primeros pequeños grandes pasos en el estudio de las nuevas espaciotemporalidades.

Con las tecnologías digitales parecería que los viejos espacios se reducen y que las agujas del reloj giraran más rápido. Estas mutaciones afectan a las oposiciones y diferencias que fundan nuestro sistema de significación cultural. Así como el concepto de distancia (cerca/lejos, centro/periferia) ha ido variando en cada período histórico según las tecnologías que modelaban la percepción, también la oposición privado/público ha sufrido transformaciones por la irrupción de las tecnologías digitales. En Occidente, el sistema político moderno está atravesado por la división entre lo público —el Estado, la plaza, el mercado— y lo privado —el hogar, la familia—. Esta frontera se ha visto modificada a lo largo de la historia por la llegada de tecnologías del hogar (ventanas, jardines), tecnologías en el hogar (radio, televisión, internet) o tecnologías fuera del hogar (automóvil) (Shapiro, 1998: 276). Recordemos que estos límites separan lo interior de lo exterior pero que al mismo tiempo son permeables y permiten el intercambio. Las tecnologías electrónicas de difusión —primero la radio y después la televisión— llevaron algo del exterior a los hogares, reduciendo la necesidad de salir del mundo familiar. Otras tecnologías como el teléfono son bidireccionales y se caracterizan por incorporar algo del mundo exterior pero, al mismo tiempo, por sacar algo del ámbito privado. La web, al permitir no sólo la comunicación bidireccional sino también la constitución de comunidades virtuales, está desplazando los límites entre lo público y lo privado, superponiendo espacios individuales y colectivos.

8.1.1. El espacio de las hipermediaciones

El término *ciberespacio* apareció por primera vez en la novela de ciencia ficción *Neuromancer* (1984) de William Gibson. El escritor *cyberpunk* tuvo la feliz intuición de describir la red digital por medio de una metáfora espacial. Y las metáforas, cuando funcionan, se vuelven transparentes y quedan a disposición de toda la comunidad de hablantes. Los pioneros de la revolución digital y las primeras comunidades virtuales —como la californiana The WELL— se apropiaron del juego retórico de Gibson y conjugaron la metáfora espacial de diferentes maneras. La denominación de instituciones como la Electronic Frontier Foundation ya nos orienta hacia una determinada concepción del espacio digital: un mundo salvaje, anterior a la civilización, que debe ser explorado (y, por qué no, explotado). Otras derivaciones posibles de la metáfora espacial nos llevan a ver el ciberespacio como un paraíso —un lugar habitado por seres inmateriales, donde todos somos iguales y felices— o como un espacio-otro de tipo no euclidiano, opuesto al newtoniano (Mihalache, 2002).

Coyne (1995) propone ver al ciberespacio simultáneamente como un mundo, un espacio y un lugar. En una primera lectura, el ciberespacio aparece como un *mundo* subsidiario del mundo real donde viven comunidades y que está regido por sus propias leyes matemáticas. Si en el espacio real la distancia entre dos puntos está dada por su mayor o menor cercanía, en el *espacio* virtual se vincula al número de nudos de la red que el usuario debe atravesar para llegar a un punto. Otros autores (Mihalache, 2002) consideran irrelevante el uso de la idea de *distancia* dentro del ciberespacio: donde no existe una localización física de la información, las posiciones son puramente simbólicas. Esta segunda concepción se refuerza por la existencia de páginas webs dinámicas —como los weblogs— donde los elementos que las componen suelen provenir de varios servidores esparcidos por el mundo. Sin embargo, si analizamos un sitio estándar —construido a partir de una página inicial y con una estructura jerárquica de contenidos— el concepto de *distancia* se vuelve pertinente, ya que nos sirve para indicar la cantidad de clics que separan a un contenido determinado de la página inicial.

Finalmente, si consideramos al ciberespacio como un *lugar* donde pasan cosas (los usuarios chatean, navegan, juegan, reciben y envían e-mails, et-

cétera) estamos obligados a incorporar la dimensión temporal que esas actividades implican. La búsqueda de una información dentro de un sitio o una compra en línea son actividades tiempo-dependientes. Según Mihalache, «un sitio web no es simplemente un punto en el espacio, sino una síntesis temporal-espacial que podemos llamar un “lugar”. Un lugar es un espacio más su experiencia [...]» (2002: 297). El encuentro entre ese lugar y una subjetividad genera un evento, o sea, una secuencia de movimientos significantes.¹

Este espacio resignificado donde se asientan comunidades virtuales y la distancia se mide en clics es el lugar donde nacen y evolucionan las nuevas formas de comunicación. Cuando definimos a las hipermediaciones como una trama de procesos de intercambio, producción y consumo simbólico que engloba una gran cantidad de sujetos, medios y lenguajes interconectados tecnológicamente de manera reticular, lo hacíamos pensando en este espacio. Pero el espacio de las hipermediaciones es particular: se presenta como un agujero negro que atrae a los medios masivos, los absorbe e integra dentro de su propio dispositivo intertextual de contaminación.

Las interfaces —esa zona de frontera o membrana osmótica que separa y al mismo tiempo une dos entidades— son la cara visible de las hipermediaciones, el lugar donde se producen los intercambios entre sujetos y dispositivos. En ellas se desarrolla la conversación globalizada de los bloggers, se intercambian contenidos P2P y se enfrentan ejércitos virtuales comandados por jóvenes videojugadores. Precisamente ahí las subjetividades, al interactuar con los sistemas informáticos o con otras subjetividades, terminan generando los eventos que menciona Mihalache.

Pero los espacios no son compartimentos estancos, ya que también forman parte de esa trama de reenvíos, hibridaciones y contaminaciones que caracteriza a las hipermediaciones. Los procesos de hipermediación nacen en el espacio virtual pero sus efectos van mucho más allá. Su influencia se

1. La mejor manera de representar gráficamente esta idea es visitar la web del proyecto Anemone (<http://acg.media.mit.edu/people/fry/anemone>) desarrollado por Ben Fry en el MIT. Estas interfaces orgánicas nos permiten tener una visión en tiempo real de la actividad de un sitio. Lugar y espacio, interacciones y red, experiencia individual y colectiva, todo re-combinado para crear un evento.

deja sentir en otros lugares, por ejemplo en los medios tradicionales impresos o electrónicos, los cuales apuestan —dentro de sus limitaciones tecnológicas— a simular las formas hipermediáticas. Si en las interfaces digitales e interactivas pasan muchas cosas al mismo tiempo, entonces la pantalla televisiva se fragmenta para generar un efecto de simultaneidad. En este sentido los hipermedios son como un big bang, dado que reenvían sus formas estéticas hacia todos los confines del ecosistema cultural, influyendo así en todo lo que está a su alcance.

8.1.2. El tiempo de las hipermediaciones

Etimológicamente la palabra *tiempo* proviene del latín *tempus*, la cual a su vez deriva del griego *temno* que significa *separar, dividir, sección, período, época*. Otros filólogos la hacen derivar del sánscrito *tapas* que significa *templado, atmósfera*. El tiempo como duración pero al mismo tiempo como ambiente. Si en el siglo XVIII la sociedad respiraba al compás del cronómetro mecánico, ahora los eventos laten al ritmo de los flujos de datos que atraviesan la red digital.

Según Rifkin los ordenadores —una tecnología que, entre otras cosas, nos ofreció en la segunda mitad del siglo XX un modelo para describir el funcionamiento del cerebro humano— «están cambiando la manera de conceptualizar el tiempo y, en el mismo proceso, la manera de pensarnos a nosotros mismos y al mundo que nos rodea» (en Lee y Whitley, 2002: 236). Para Hongladarom (2002: 241), las tecnologías de la información y la comunicación «están introduciendo cambios en la concepción del tiempo, una transformación tan significativa como la que trajo aparejada la era moderna». Esta nueva concepción se caracteriza por disolver la separación entre un tiempo local y un tiempo global. El tiempo ahora deja de existir «como estructura lineal, monolítica, como era en la época de los trenes y el telégrafo [...] (para) existir en diferentes niveles». Y Bolter (1984: 100) reafirma: «Nuestra apreciación y nuestra evaluación del paso del tiempo está cambiando en la era de los ordenadores». Si en la sociedad modelada por los medios electrónicos tiempo y espacio se condensaban, las nuevas formas de comunicación digital los retuercen sobre sí mismos hasta formar una especie de cinta de Moebius —o algo parecido a un cuadro de Escher— que termina por redefinir nuestras percepciones.

Apenas hemos mencionado la tensión entre el tiempo global y el tiempo local. La llegada de internet incrementó esta oposición, difundiendo aún más una percepción global de la dimensión temporal. Por ejemplo el NTP (Net Time Protocol) permite que los ordenadores sincronicen su reloj interior con el de los servidores, haciendo que el tiempo de la máquina —y el de su usuario— adquieran una mayor autonomía respecto al lugar en que se encuentra físicamente. Por otro lado, sabemos que a pesar de la presión globalizadora el tiempo local sigue siendo un elemento constitutivo de la vivencia cotidiana de los sujetos, ya que numerosas actividades religiosas, culturales e incluso económicas —como la agricultura— se rigen por los viejos tiempos. Roland Robertson ha creado, en 1995, el concepto de *glocalización* para definir esta convivencia crítica de dos tendencias opuestas. Entonces... ¿es posible un tiempo glocal? Para el tailandés Hongladarom, la respuesta es afirmativa:

No es necesario que haya conflictos entre el uso simultáneo del tiempo global y el tiempo local. Los tailandeses pueden comprar sus stocks en la Bolsa en el tiempo global e ir al templo budista con su tradicional tiempo local [...] Es posible mantener la identidad temporal local por medio del uso de internet. Si bien la red es un agente globalizador, también es, al mismo tiempo, un agente localizador» (2002: 248).

Si el tiempo de la Antigüedad podía ser representado por un círculo y el tiempo moderno por una flecha dirigida al futuro, según Hongladarom en la era digital el tiempo adopta la forma de una red. Ahora el tiempo está compuesto por una multitud de vectores moviéndose en diferentes direcciones.

Del diccionario etimológico pasamos a la enciclopedia. Condensación, tiempo real, simultaneidad, instantaneidad, discontinuidad... son sólo algunos de los satélites que orbitan alrededor del planeta Tiempo Digital. Algunos autores como Lee y Whitley (2002), editores del volumen monográfico de la revista *The Information Society* titulado *Time and Information Technology: Temporal Impacts on Individuals, Organizations, and Society*, recuperan algunas categorías útiles para enriquecer nuestra comprensión de la temporalidad de la sociedad digital. Por ejemplo, la oposición entre monocronicidad y policronicidad trabajada por Hall en la década de los se-

senta. El tiempo monocrónico (*monochronic*) se caracteriza por ser lineal, tangible y divisible en bloques, tal como se considera desde una perspectiva económica. El uso del tiempo monocrónico resalta la planificación, la fijación de calendarios y considera significativo el empeño aplicado en respetar los tiempos previstos. El tiempo policrónico (*polychronic*) se verifica cuando dos o más actividades se desarrollan dentro del mismo bloque de tiempo. Si bien el capitalismo tradicional favorecía el trabajo monocrónico —no podemos dejar de recordar las imágenes de Charles Chaplin en la cadena de montaje de *Tiempos modernos* (1936)—, actualmente se considera que el *output* del trabajo policrónico es muy superior al de las actividades monocrónicas. Las tecnologías digitales potenciarían la realización simultánea de múltiples tareas (policronicidad), instaurando de hecho un *multitasking* en las actividades humanas individuales o de grupo.

A diferencia de un trabajador del siglo XIX, sumergido todo el día en la misma y rutinaria tarea, la sociedad digital se caracteriza por construir una geografía del tiempo muy variada. Cuanto más se vinculan las prácticas profesionales al entorno productivo digitalizado, más se fragmentan y recombina. Algunos de los estudios recopilados por Lee y Whitley (2002: 238) nos hablan de la «creciente complejidad y de la naturaleza policrónica del trabajo de desarrollo de software», una profesión donde «el individuo trabaja a lo largo del día en una amplia gama de proyectos y diferentes actividades». Durante la jornada laboral el trabajador construye y participa en variados espacios sociales que le permiten gestionar un flujo de trabajo fragmentado. La férrea disciplina temporal impuesta a sus trabajadores por el capitalismo industrial sucumbe frente al desafío planteado por el ciber-tiempo. Así, surgen nuevos regímenes de gestión del tiempo (*time management regimes*) y formas organizativas como las comunidades virtuales. Según Lee y Whitley, «las disciplinas temporales rígidas dejarán de ser las herramientas más efectivas para gestionar y controlar a los empleados en ambientes virtuales de trabajo, y existen interesantes áreas de investigación como los ritmos de las prácticas laborales, especialmente en sectores como el desarrollo de software, donde la naturaleza del trabajo ofrece la posibilidad de generar prácticas policrónicas» (ibíd.: 239). Esta perturbación en el orden secuencial de los fenómenos pertenece al dominio del *timeless time* teorizado por Castells (1996–1998), una dimensión donde gobierna la ins-

tantaneidad y la discontinuidad se introduce de manera aleatoria en lo secuencial.

El tiempo de las hipermediaciones también es policrónico, reticular y discontinuo. Como ya dijimos, la idea de una aldea global viendo a la misma hora el mismo programa de televisión se vuelve cada vez más insostenible. Si la producción y la distribución hipermediática están adoptando lógicas que desmontan los ritmos de la línea de montaje industrializada —un diario en línea no tiene hora de cierre, el «posteo» por parte de las comunidades globalizadas de bloggers no se detiene, Flickr o YouTube nunca duermen—, el consumo hipermediático se fragmenta en millones de situaciones asincrónicas. Es probable que la frase «no se pierda el próximo episodio, a la misma hora, en el mismo canal» no tenga sentido para nuestros nietos.

8.1.3. La ubicuidad de las hipermediaciones

La difusión de tecnologías móviles de comunicación está transformando nuestras percepciones del tiempo y el espacio. Al analizar estas mutaciones, entre otras imágenes e interpretaciones, en la minipantalla de nuestros dispositivos móviles se superponen el concepto McLuhaniano de prótesis y los estudios culturales sobre la difusión del walkman en los años ochenta. Si tomamos distancia, la incorporación de estas prótesis en nuestros cuerpos puede ser considerada como una fase más de un largo proceso que comienza con las pequeñas radios con transistores en la década de los sesenta, continúa con el walkman —la prótesis por excelencia de la cultura posmoderna— y se afianza con la telefonía móvil, los reproductores MP3 y los ordenadores portátiles en los albores del siglo XXI.

Un trabajo de carácter etnográfico desarrollado en la Universidad de Surrey (Green, 2002) nos permite pasar revista a algunas de las modificaciones perceptivas que genera la introducción de estas tecnologías en nuestra vida cotidiana. Según Green, «las tecnologías dominantes de un período histórico definen su organización temporal y su comprensión cultural» (ibíd.: 282). Si en los años sesenta Marshall McLuhan dedicaba algunas de sus mejores páginas al teléfono —un «irresistible intruso» en el tiempo y el espacio— y una década más tarde Raymond Williams (2000:

46) hablaba de la *mobile privatisation* causada por la difusión de los automóviles particulares en desmedro del transporte público, poco después Anthony Giddens llamaba la atención sobre la disponibilidad presencial (*presence availability*) y la importancia del espacio-tiempo en las sociedades contemporáneas. Tanto la posibilidad de viajar como el uso del reloj, la agenda, el walkman o el teléfono constituyen claros ejemplos de tecnologías que regulan el uso del tiempo y el espacio en nuestra vida cotidiana. Los dispositivos móviles están operando en ese mismo microentorno pero de manera más profunda y acelerada.²

Ya explicamos la importancia de las metáforas en las conversaciones. No resulta difícil escuchar en nuestras charlas cotidianas expresiones como «internet estrecha el mundo» o «necesito la información en tiempo real». Hace sólo dos décadas estas frases no tenían sentido. Todos vivimos (¿sufrimos?) en mayor o menor medida una aceleración de nuestras actividades y ritmos cotidianos. El tiempo asume nuevas valencias. Resulta cada vez más extraño conocer a alguien a quien «le sobre el tiempo» o que le guste «perderlo» (El tiempo se percibe socialmente como algo que debe ser llenado con actividades hasta aprovechar sus últimos resquicios (Rheingold, 2002: 221). A esta experiencia subjetiva de aceleración se le debe agregar una fragmentación concreta de las comunicaciones. Ahora nos comunicamos más pero con mensajes más breves. Según Green nace un nuevo tiempo, la *temporalidad móvil* (*mobile temporality*), que se caracteriza por el incremento en la cantidad de mensajes (SMS, e-mails, posts) pero de menor duración. Esto genera un sentido subjetivo de fragmentación y velocidad tanto en fase de producción como en la de consumo comunicacional. Sin embargo, la brevedad de las comunicaciones no implica una reducción del tiempo dedicado a comunicar. Los adolescentes británicos interpelados por Green dedicaban varias horas a esta actividad, consolidando de esa manera (a *su* manera) el sentimiento de pertenencia a una comunidad.

2. No dejemos pasar el siguiente dato: también entre estos dispositivos se está produciendo una convergencia tecnológica. Un teléfono móvil de última generación permite escuchar música, gestionar una agenda, navegar en internet, disponer de un reloj con alarma, tomar fotos, etcétera. La inestabilidad de este sector de la red sociotécnica está a la orden del día; cada semana aparecen nuevos híbridos tecnológicos en el ecosistema y todavía no se sabe bien qué producto-especie terminará hegemonizando el mercado.

Esta nueva dimensión temporal se complementa con una diferente vivencia espacial. Los dispositivos móviles, al no depender de una conexión fija a la red, resignifican conceptos como *proximidad*, *presencia* o *movilidad*. Lugares consolidados en nuestras sociedades como el espacio público o el privado también se reconfiguran. De la misma manera, cambia nuestro modo de relacionarnos con otros sujetos. Al telefonar con el móvil, la primera pregunta no es «¿Cómo estás?» sino «¿Dónde estás?».

El hecho de poder estar siempre disponibles, en cualquier momento y en cualquier lugar, transforma la gestión de las actividades y la regulación del ciclo vital social. En el campo laboral, muchos trabajadores del sector servicios se han vuelto más autónomos respecto a sus sedes, ya que pueden llevar adelante su trabajo prácticamente sin volver a su base operativa. Las nuevas lógicas de producción hipermediática son un buen ejemplo de esta desterritorialización profesional. Por ejemplo, las más avanzadas agencias de noticias basan su producción en periodistas polivalentes dispersos por el territorio, profesionales capaces de crear informaciones escritas, fotográficas, radiofónicas o televisivas y enviarlas a la sede central por medio de una conexión de banda ancha (Scolari *et al.*, 2006a, 2006b, 2007). Así, las actividades laborales se basan más en el uso del tiempo que en el de un espacio que tiende a resignificarse. Además, los dispositivos móviles de comunicación permiten «recuperar» el tiempo que antes era considerado «perdido» o «improductivo».

Como podemos observar, una nueva subjetividad temporal-espacial emerge con la incorporación de las tecnologías móviles en nuestra vida cotidiana. Según Rheingold,

el teléfono móvil se está convirtiendo en una suerte de mando a distancia para la vida cotidiana de las personas [...] Las tecnologías de las multitudes inteligentes parecen modificar ya la percepción del espacio y el tiempo de algunos individuos, con efectos visibles en los espacios públicos [...] donde cada vez hay una mayor población físicamente copresente que se comunica con otras personas ausentes (2002: 220-221).

Esta aceleración de los ritmos de vida, caracterizada por el consumo fragmentado de información a lo largo de la jornada, la multiplicidad de tareas realizadas al mismo tiempo y la supresión de las pausas o intervalos «im-

productivos», va en directa colisión con las instituciones predigitales. Por ejemplo, las escuelas manejan ritmos de aprendizaje lentos, basados en la lectura del libro, y se mueven en un tiempo predigital. Según Castells, el factor decisivo del fracaso y el abandono escolar es

¡el desfase cultural y tecnológico entre los jóvenes de hoy y un sistema escolar que no ha evolucionado con la sociedad y con el entorno digital. Jóvenes que acceden a toda la información por internet, que construyen sus redes autónomas en torno a los móviles, que chatean y navegan, que se forman jugando y se informan comunicando, simplemente no soportan la disciplina arbitraria de unas clases anticuadas con enseñantes desbordados a quienes nadie les prepara para la nueva pedagogía [...] (el uso de internet) no está integrado en el currículo ni en la organización de la enseñanza. La idea de que un joven de hoy se cargue una mochila de libros de texto aburridos definidos por burócratas ministeriales, se encierre en un aula a soportar un discurso irrelevante en su perspectiva, y que todo esto lo aguante en nombre del futuro, es simplemente absurda (Castells, 2007).³

Lejos de cualquier planteamiento instrumentalista, no podemos negar que estamos en presencia de tecnologías cognitivas que nos reconfiguran en tanto sujetos. Estas transformaciones apenas se están haciendo perceptibles y todavía no se han manifestado en su integridad. Como los síntomas que analiza el psicoanalista, que nos llegan en forma de mínimas exteriorizaciones de la complejidad del inconsciente, sólo estamos en condiciones de reconocer una pequeña parte de las mutaciones que están remodelando nuestra subjetividad.

3. ¿Cómo ajustan la escuela y las instituciones adyacentes —la familia, la medicina, el Estado— esta diferencia? Los maestros reclaman a todas las instituciones que intervienen en este tema un mayor empeño porque la situación los supera. Las familias, por su parte, miran hacia el Estado o la clínica, los cuales responden cada uno a su manera: el Estado distribuyendo ordenadores en las escuelas y la medicina diagnosticando de forma masiva el trastorno por déficit de atención con hiperactividad (TDAH). La respuesta al problema termina siendo tecnofarmacológica (más ordenadores, más Ritalina). De esta manera la misma sociedad que acelera los ritmos de vida de sus sujetos los termina frenando farmacológicamente para adaptarlos a una institución que sigue aplicando ritmos del pasado (agradezco al doctor J. Monseny Bonifasi, director del Institut per a la Clínica Psicosocial de Barcelona, estas sugestivas ideas).